

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

Homenaje a José Joaquín Real Díaz

II



SEVILLA, 1973

Precio: 240 Pesetas

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

Publicaciones de la
EXCMO. DIRECCIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECCIÓN ANTONIA HERRERA

ARCHIVO HISPALENSE



REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

OS DERECHOS HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

2.^a ÉPOCA
AÑO 1973

TOMO LVI
NÚM. 171-173



Depósito Legal: SE-23-1058

Impreso en España, en los talleres de la imprenta provincial de Sevilla





Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA.

ARCHIVO HISPANENSE

REVISTA

ARTÍSTICA, LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal, SE-25-1958

Impreso en España, en los Talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL. — SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL



2.^a ÉPOCA
AÑO 1973



TOMO LVI
NÚMS. 171-173

SEVILLA, 1973



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1973

ENERO-DICIEMBRE

Núms. 171-173

DIRECTOR HONORARIO: MANUEL JUSTINIANO Y MARTÍNEZ

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

SECRETARIO DE REDACCIÓN: JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

CONSEJO DE REDACCIÓN:

MARIANO BORRERO HORTAL, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.

JESÚS ARELLANO CATALÁN.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.

ANTONIO MURO OREJÓN.

OCTAVIO GIL MUNILLA.

JOSÉ GUERRERO LOVILLO.

LUIS TORO BUIZA.

FRANCISCO MORALES PADRÓN.

SR. SECRETARIO Y SR. INTERVENTOR DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

ADMINISTRADOR: ARACELI SHAW GARCÍA.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1.

APARTADO DE CORREOS, 25. - TELÉFONO 223381. - SEVILLA (España)

EL P. TEODOMIRO IGNACIO DÍAZ DE LA VEGA

Contribución al estudio de la oratoria sagrada en Sevilla

durante el XVIII

Homenaje

al Dr. José Joaquín Real Díaz

Fue fin a mi trabajo sobre el P. Teodomiro Ignacio Díaz de la Vega, orador, que en la predica de la cuaresma de 1798 se expresó en términos hostiles al país vecino. Pocos datos tenía yo entonces acerca del aludido predicador, cuya personalidad en posteriores investigaciones, se me fue revelando completa y rica en extremo. El haber dado con cuatro tomos de sus sermones en la biblioteca del Arzobispado, me impulsó a seguir adelante en mis pesquisas en otros archivos y bibliotecas de la ciudad, sobre todo en el de los Padres Filipenses, a quienes hago público mi agradecimiento por haberme franqueado sus puertas.

1.—Testimonios de la decadencia de la oratoria sagrada en el siglo XVIII.

Linda y asperamente criticada —y en pocos casos seguidos sus saludables consejos— fue la obra que el año 1786 había publicado don Gregorio Mayáns con el título de "El Orador Cristiano". En ella delataba con sagacidad y clarividencia los aspectos de que adolecía la oratoria sagrada de su tiempo, ofreciéndoles oportuno remedio.

Aquellos se reducían a tres: 1) Convertir el púlpito en granjería, "no teniendo algunos vergüenza de decir que predicar para tomar tabaco y chocolate" (1). En el estado actual de la investigación no sabemos hasta qué punto había prevalecido este abuso, pero los testimonios escritos nos atestiguan

(1) Mayáns y Siscar, Antonio: *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamientos políticos y religiosos de don Gregorio Mayáns y Siscar (1699-1782)*. Valencia, 1965, pag. 12.

CARTA A UN AMIGO

"A nadie puede conocerse si
no es por la amistad."

SAN AGUSTÍN

Un carta es como una conversación; nuestra vida fluye sosegadamente mientras platicamos epistolarmente con alguien que no vemos ni oímos. Pero el español, dado a la conversación y la tertulia, es reacio a escribir. Si se decide lo hace con brevedad. Nuestra literatura no es tan rica, por ejemplo, como la francesa en memorias y epístolas, aunque tengamos los notables ejemplos de Garcilaso, Santa Teresa, Lope, Los Argensola, Quevedo, Felipe IV, Sor María Agreda, Fernán Caballero, Valera, Bécquer, García Lorca o Juan Ramón.

El español ha semejado estar siempre muy ocupado; porque la corte exige un ocio, un remanso, que si antaño —al parecer— no lo tenían, menos lo poseen los españoles actuales. Lo poco que se producía ha desaparecido casi totalmente en nuestra época. Hoy, el género epistolar —hay excepciones— se reduce a frías misivas. Antaño, dentro de los pocos ejemplos, no. Antaño, una carta era una conversación. Escribir era charlar, Mesonero Romano termina una carta a Galdós de esta manera: "Sabe usted que en conversar con Vd. y algunos pocos escritores que me son simpáticos, tiene un placer su aff.º amigo y s.s. q.b.s.s.m." "*En conversar con Vd.*" ¡escribe!. Eso, conversar, es lo que vamos a hacer ahora, creyendo que "las cartas son siempre de quien las escribe y las palabras de quienes las pronuncian, aunque de otros sean las consecuencias".

Hay carta públicas y cartas privadas; estas últimas a veces se escriben para que sean dadas a conocer. Mi carta ha sido redactada con el propósito de ser leída por más de una persona, porque aunque dirigida a un amigo su destinatario es todo el que quiera escucharme pues, como dice Juan Ramón Jiménez, "el publicar estas —o el deseo de ver las que no conservo— es sólo para ayudarse a vivir —o a morir—, especialmente".

Es una carta redactada con un propósito. Así se han escrito



muchas misivas. Bécquer lo hizo desde el Monasterio de Veruela. A partir de entonces el género, según Gallego Morell, se dignifica y prodiga. Valera y Ganivet, Galdós y Menéndez Pelayo, han dejado una amplia producción epistolar de gran significado. Porque el valor de las cartas ha sido enorme cuando se ha comenzado a estudiar la Literatura española del siglo XX desde el punto de vista generacional. La carta, el género epistolar, da luz para conocer a quien escribe y a su ambiente. Es el caso de las cartas de García Lorca, transidas de literatura, que fueron escritas sin pensar que se iban a publicar.

Nuestra carta es una humilde misiva, redactada en parte como presentación a unos amigos en potencia y como ratificación de algo sabido a viejos amigos. Pero su autor, consciente de su publicidad, ha aprovechado para introducir en sus líneas algunos conceptos, apreciaciones e ideas que, tal vez, le resten espontaneidad a su escrito. Y es que el saber de antemano que iba a ser leída o publicada ha influido sobre él privándole quizá de objetividad y obligándole a un cuidado literario que ha aminorado esa cristalina exposición de la carta íntima, hilvanada como una charla entre dos amigos donde nunca puede haber afeites y pedantescos alardes. Aquí ya no hay —lo reconozco— entrega desinteresada, sincero fluir, sino cuidada finalidad en ciertos renglones. Con todo, muchos párrafos tienen el valor de intentar presentar la imagen de un ideal amigo que puede ser, en el fondo, nuestro propio retrato ya que siempre el hombre, en esa indagación que le agujonea, no hace sino buscarse a sí mismo.

Querido amigo:

Me has pedido que te escriba una carta hablándote de un amigo mío. Tú ya sabes que la amistad está hecha de comprensiones y complicidades. Y de vivencias de horas sordas y alegres. Pues bien, voy a tratar de charlar contigo sobre mi amigo sin olvidar aquello de que uno es como cree que es, como los demás creen que es y como realmente es. Este amigo mío es para mí como yo creo que es. ¡Sabe Dios cómo será realmente!

Mi amigo es hombre independiente en el lato sentido de la palabra; hombre que puede decir no. No le agradan mucho las tertulias, ni el chismorreo, ni los grupos. Rinde culto a la amistad, que coloca en un primerísimo lugar en una posible jerarquía de valores. Tanto valora a la amistad que cree, como alguien también ha creído, que Dios enviará un ángel con el

rostro de un amigo antes que dejarnos solos en nuestra agonía. Ahora que tanto falta el oxígeno amistoso y se impone la contaminación enemistosa; ahora, tiempo de insidias, confusionismo, maledicencias, mediocridades, mezquindades, intransigencias..., etc., mi amigo persiste en creer en el amor y la amistad como supremos valores de un cristianismo que los ha exaltado. Reconoce cuanto debe a los demás y, por lo mismo, le gusta ayudar a los que le necesitan. A los sinceros, los trabajadores, los ordenados, los voluntariosos, les da un gran margen de confianza. Suele decir que para él hay dos tipos de personas: en los que cree y en los que no cree. Los primeros, por supuesto, cuentan con su total amistad; a los segundos los cultiva, pero no se les entrega.

Mi amigo tiene un defecto grave en una sociedad del disimulo: manifiesta en su rostro el repudio que le causa el holgazán, el desordenado, el sucio, el ruidoso, el oportunista, el envidioso, el desagradecido. Con estas bases tan simples anda mi amigo por ahí percibiendo siempre, me lo ha dicho más de una vez, que lo que Goethe dijo y repitió Papini es verdad: que los cuervos sólo vuelan en lo alto de los campanarios.

Y el andar por ahí lo hace disfrutando de cosas sencillas. De cosas tan sencillas como el caer de la lluvia, el silbar del viento, el tañer de una campana, la belleza de una flor, el temblor de una llama... Ya te dije que le encanta una sincera amistad, sin recovecos, sin "sieterrevueltas". Es un entusiasta de los paseos sin rumbo exacto, para descubrir plazas, callejas, barreduelas, callejones, casas antiguas, espadañas, templos... Goza sentado en una iglesia barroca —de joven le gustaban las góticas— impregnada de incienso y oír misa en latín, con pocas gentes, en mínimos templos. En ese callejear prefiere la hora de la tarde, donde el ingreso a un compás de un convento, o la presencia de una puesta de sol en verano o el dominio de la ciudad desde un altozano es algo que carece de adjetivos para calificar o determinar. Si es que se puede determinar o calificar estas experiencias. Los domingos por la mañana, cuando la ciudad se divorcia de tanta masa "municipal y espesa" y de tanto coche que la martirizan durante la semana, a él le gusta entonces desposarse con la ciudad. La camina, la acaricia con los ojos, táctilmente casi... Descubre fachadas, balcones, rincones que en el pandemonium semanal es imposible adivinar o descubrir. Esos domingos le agrada leer y oír música clásica; leer las revistas de la semana e ir al cine a las tres de la tarde.

Fuera de los domingos busca los lunes, martes, miércoles... para hacer bien las cosas, tomarse unas copas con gente joven que le traen inquietudes, puntos de vista, anhelos, etc., que le rejuvenecen porque la juventud depende más que de los años del espíritu con que vivimos nuestra propia edad. Porque mi amigo está convencido de que ser joven no es *ser*, sino *tener* y *estar*: tener un tesoro y estar insatisfecho como decía Rilke. Le satisface también departir con la gente joven, incluso a veces más que con sus propios colegas, porque con aquellos se sumerge en un mundo de naturalidad, donde no hay reservas, donde no hay zancadillas, ni silencios, ni críticas amargas... Le complace también charlar con la gente humilde, con los sencillos. En sus amistades busca cultivar aquellas personas que le traen un mundo distinto al que él frecuenta.

Cuando pasea se detiene para hacer esto. Entra en una librería; se mete en un mercado; se hunde en la penumbra de una tienda de antigüedades... Y así vive otros mundos. Porque a mi amigo lo que le encanta es dotar a su vida casi a diario de cosas nuevas. Le duele lo monótono, lo repetido. Como le duele la vulgaridad y la falta de buenas formas en el vestir y comportarse de la gente joven que se empeña en actuar democráticamente cuando lo que hacen es actuar vulgarmente. Eso es algo que siempre le ha preocupado: la educación, el civismo, del pueblo ruidoso y aplebeyado. En su falta pone un alto porcentaje de nuestros males.

Como es muy curioso más de una vez me ha dicho: me deleitaría entrar en todas las tascas y conocer las vidas de todos sus parroquianos; me gustaría entrar en las ventanas iluminadas durante la noche y saber qué misterio, alegría, dolores y problemas se encierran tras ellas, y subir a todas las torres de la ciudad y dominarla desde distintos escorzos... Esa curiosidad es la que le hace meditar siempre que ve en un aeropuerto la recua de coches eléctricos llevando y trayendo las maletas hacia un avión, lo interesante que sería saber las historias que van encerradas dentro de cada maleta. Eso quizá, me dijo un día, porque de niño le impresionaron los versos de Machado "ajetreo de maletas y corazones". Es muy sensible a las flores y plantas, a los olores, a la música y a la voz humana. Uno de los sonidos que sé que le entusiasman son el de la voz de su madre, su esposa y seres queridos. Porque, dice, son voces que cambian a través del teléfono. En esto del teléfono siempre me repite o subraya lo distinto que es una conversación con una persona situada

en un escenario que uno conoce a una conversación con alguien que está situado en un sitio que uno desconoce. Son distintas, según él, las charlas. El poder imaginar a quien le habla en un ambiente que ha visto hace que la conversación sea más conversación.

Cuando llega el verano mi amigo, como ha nacido a la orilla del mar y lleva a éste en la sangre, se va en busca de él. Leer tirado en sus arenas llenas de silencio; meterse en él destrozándolo por las mañanas; observarlo intensamente azul en los mediodías con unas velas lejanas; analizarlo y pasear por su orilla al atardecer, cuando el sol se entierra voluntariamente en el horizonte arrojado en una indescriptible gama de colores, son placeres simples que no cambiaría por nada. Entonces goza sorprendiendo la gozosa quietud mañanera y se solaza con la sombra de los pinos y el olor de la jara o el tomillo castigados por el sol. Y cuando el día "ya usado, se nos va de entre las manos" nada más sedante que escuchar el mar, mirar la luz de poniente agonizante, y escudriñar el infinito y misterioso cielo.

Yo no sé si te estoy dando una idea muy exacta de mi amigo o si estoy también hablando de mí mismo y de ti. Casi pienso que estoy hablando de tres personas; pero no, hablo de mi amigo. El es así según yo. Y noto ahora, a estas alturas, que me limito a decirte casi solo lo que le gusta. Podía haber hecho como Andrés Maurois en "Climax", poner a un lado "lo que me gusta de ti" y al otro lado "lo que no me gusta de ti" con relación a mi amigo. Pero pienso que diciéndote las cosas que él ama te doy una buena idea de su personalidad. Personalidad inquieta, torturada a veces por el más allá, por la falta de tiempo para hacer lo que ha proyectado y leer los libros que tiene "atesorados", aunque es consciente que lo que importa es calidad y no cantidad. ¡Pero son tantos los libros buenos! De siempre le encantó eso de leer, viajar y amar. De su afición a la lectura como de su capacidad de amar te he dicho lo suficiente. De su interés por los viajes, que enriquecen la personalidad, se adivina al observar su movilidad y lo que le rodea en casa. Y entonces anota lo que ve, como a diario anota una idea, una tarea, una sugerencia, porque no tiene gran memoria.

Sincero, desinteresado, generoso como todos los que se han hecho a sí mismo —trabajando para poder estudiar—, mi amigo o nuestro amigo tiene una gran capacidad de entrega hacia los que le responden. Fíjate que he dicho *nuestro* y es que a estas

alturas tú también debes considerarte amigo suyo. El mismo ímpetu, tesón, capacidad de orden y organización, etc., que tiene la pone al servicio del olvido o la indiferencia hacia las personas que no responden a la concepción que él tiene de la amistad.

Y termino ya. Yo sé que antes, cuando era más joven, tenía muy presente aquello de "quien pierde la mañana pierde la tarde, quien pierde la juventud, pierde la vida". Sigue creyendo esto, pero dedica cada vez más tiempo al goce de la vida. Entendiendo por vida eso: la charla con un ser humano, la lectura de un libro, un viaje, el pasear junto al mar, o el compartir una copa con los jóvenes. En hechos tan simples cifra la *felicidad*, esa cosa que "ni se recibe ni se plagia", sino que es "en cada individuo labor original y creadora".

Si me hubieras dado más espacio te hubiera hablado de sus defectos. Algunos quedan apuntados; pero ciertamente yo sé que no es tan bueno como yo o la gente cree, pero tampoco "es tan malo que no crea que pueda ser bueno". Eso le salva. Eso y su falta de rencor. Aunque se mantenga distante de una persona, porque ya no cree en ella, sin embargo ha olvidado las razones que le llevaron a su actitud.

Querido amigo, antes de alcanzar el umbral de la madurez por donde ahora nos movemos quisimos y ambicionamos muchas cosas. Ahora, desde la dulcedumbre y reposo de esta atalaya alcanzada a pulso, las cosas, los amigos, se ven de otra manera. Mejor dicho, se ven cosas que antes se ignoraban, y comprendemos mejor otras, tal vez porque hasta el borde de nuestra vida arriban amigos desencantados, o porque nosotros mismos fuimos algo y ya no lo somos o porque poseemos una perspectiva que nos permite vislumbrar a más de uno que *fue* y ya *no es* por muerte o por olvido, que es peor. Y entonces es cuando nos recomo el ansia de saborear el placer de las cosas simples que es donde está la felicidad. Yo creo que eso es lo que le ocurre a mi amigo.

Te he escrito esta carta como si conversara contigo, aunque no nos veamos ni escuchemos. Estas líneas, testimonio o confesión de un modo de ser, han sido hilvanadas pensando en que sólo tú serás el lector puesto que sólo tú me has dicho o preguntado por mi amigo. Sin embargo, he escrito una carta como si fuera destinada a leerse por muchas personas. La culpa la ha tenido esta noche de junio con una descarada luna y un insomnio cuya causa ignoro. Noche que me ha hecho olvidar que otras personas —no sé si son amigos suyos— lo ven como

hombre caprichoso, autoritario, personal, espontáneo, de reacciones inesperadas, vehemente, apasionado. Creo que algunas de estas notas son ciertas y hasta explicables. Por ejemplo, me consta que la palabra *mañana* la ha desterrado de su acción y que el uso de ella con exageración o la negligencia de colaboradores le conduce a eso que denominan "personalismo". Las otras notas, con ser negativas, a mí no me importa; porque yo quiero a mis amigos con sus defectos y mi gran riqueza es tener amigos. Tú, uno de ellos.

Con un fuerte abrazo,

Francisco MORALES PADRON

Afirma el maestro Asor Rosa que los personajes que aparecen y desaparecen en el teatro, han tenido indudablemente su influencia y no han subsistido como sostenedores de la escuela triunfante (1). Tal es el caso del gran catedrático, escritor, poeta y orador astigiano don José Gil y Rubio, uno de los personajes más curiosos de la llamada Escuela Sevillana del siglo XIX.

Jamás se había intentado su biografía; únicamente sabemos lo que de él habían consignado sus amigos y contemporáneos don Luis Montoto, don Joaquín Hazañas y La Rúa, Mario Méndez Bejarano y, más adelante, Francisco Cuervo, en su *Antología de Autores Andaluces* publicada en La Habana, en 1925.

Gil y Rubio, ya lo he dicho, es un personaje curioso del siglo XIX sevillano cuya actividad literaria se extendió entre las aulas universitarias de Oviedo, Valencia, Sevilla y Madrid, en donde estuvo de catedrático.

Fue un hombre entregado íntegramente a su vocación: la enseñanza, y dentro de ella, a la especialidad de la Literatura Española, de la que nos dejó interesantes trabajos. Fue un gran hachista y literato: como autor acertado de esa obra maestra de nuestra literatura, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, al que presenta como el prototipo del caballero español. Sus interesantes comentarios al Quijote son comparables a los del insigne Rodríguez Marín, por su profundidad, su clara interpretación y su ameno estilo literario.

También, su vocación erudita es comparable con la del gran polígrafo santanderino Méndez y Pelayo, con el que lo unió

(1) Asor Rosa: *Antología Nueva*, 1941.

